

La crisis del socialismo francés

León Trotsky
Septiembre de 1916

(Versión al castellano desde “La crise du socialisme français”, en L. Trotsky, *La guerre et la révolution*, Tomo Segundo, Editions Tête de Feuilles, París, 1974, páginas 162-166. Datado: “París, septiembre de 1916”)

Nadie ha acusado jamás a Briand de estar agobiado por el peso de la *sabiduría libresca*. Por otro lado, es un innegable virtuoso del mecanismo parlamentario. El actual gobierno, en el que el apóstol de la lucha de clases, Jules Guesde, está al lado del monárquico católico Cochin, presenta sin duda el más alto producto de la estrategia parlamentaria. Los cascarrabias refunfunan que el reparto simétrico de todos los matices es la expresión de un esfuerzo sin principios para repartir la responsabilidad entre el mayor número de personalidades y partidos... Pero el hecho es que conseguir este reparto no fue fácil y que mantenerlo es aún más difícil. El mosaico parlamentario y ministerial es muy delicado. Un pequeño error en la grava y todo el edificio se derrumba. Los ripios más difíciles de manipular son los socialistas. Esto es lo que acaba de revelar el Congreso Nacional, o “pequeño” Congreso del Partido Socialista.

Los puntos de vista del socialismo francés son conocidos. Esta guerra es democrática, la continuación directa de las guerras de la Gran Revolución, y el partido espera de esta guerra la realización del “principio nacional”. Esta concepción fue puesta de relieve por un artículo del joven monárquico Jacques Bainville, quien, durante una misión no oficial en Rusia, tuvo la oportunidad de convencerse de que los “problemas democráticos” no eran reconocidos universalmente en todas partes en el campo aliado. La propaganda de las ideas republicanas en Alemania... Pero incluso los izquierdistas socialistas, como el *Leipziger Volkszeitung*, declaran que no quieren una democracia impuesta por las bayonetas. Es cierto que el aviador Marchal lanzó folletos republicanos sobre Berlín. Pero incluso el director de *L’Humanité*, Renaudel, tuvo que constatar que los folletos no estaban firmados ni por los gobiernos aliados ni por el gobierno de la república, sino por el propio aviador. ¿El principio de las nacionalidades? Pero es un arma de doble filo, nos dice Bainville, y ahora, tras el desafortunado congreso celebrado en Lausana, no sólo la política, sino también la retórica, se comportan con recelo hacia el programa de liberación de los pueblos.

En el seno del partido socialista, la oposición ha constatado este estado de cosas, con un punto de vista, huelga decirlo, opuesto al del monarquismo de Bainville. La lucha dentro del partido ha crecido constantemente durante todo este tiempo. Expulsada de *l’Humanité*, la oposición cuenta con tres diarios en las provincias y un semanario en Limoges: *Le Populaire*. Inesperadamente, el vespertino *Le Bonnet Rouge* se ha puesto del lado de la oposición. No es ningún secreto que este periódico pertenece al radical Caillaux, antiguo y (¿futuro?) presidente del consejo, y declarado opositor al *jusqu’aboutisme* [hasta el final]. La oposición tiene dos corrientes muy diferenciadas: los zimmerwaldianos y los longuetistas, llamados así por Longuet que, a través de su madre, sería nieto de Karl Marx. No sería muy exacto llamar a este diputado tan fofo “líder” de la oposición moderada, es decir, no zimmerwaldiana. Pero como la primera se compone de varias tendencias, se puede decir al menos que Longuet representa la resultante.

El principal punto de divergencia sigue siendo el problema del restablecimiento de las relaciones internacionales. Los longuetistas quieren que el partido actúe simultáneamente en el marco nacional e internacional para la conclusión más rápida de la paz. Por lo tanto, el partido quiere que el gobierno declare abiertamente desde la tribuna

parlamentaria sus objetivos de guerra; por otra parte, la iniciativa del gobierno de abrir conversaciones de paz debe facilitar la reanudación de las relaciones entre los partidos socialistas, lo que representa un amplio programa de paz. Estas son las ideas básicas de los longuetistas, como puede verse, sin pretensiones.

El “líder” indiscutible de la mayoría del socialismo oficial es el veterano Renaudel. Desde la época de Jaurès, se limitó al modesto papel de administrador del organismo central y se dio a conocer por su distinguida labor en la vida interna del partido, es decir, por su cocina.

No le faltaban dotes de orador y periodista, pero le faltaba originalidad. La poderosa personalidad de Jaurès lo aplastó para siempre. La efervescente retórica de Jaurès se basaba en una rica imaginación y un notable don para captar las ideas, mientras que, por otro lado, el oportunismo político del tribuno se revelaba por su optimismo y su genial magnanimidad. Renaudel intenta en vano imitar los efectos oratorios de su maestro, pero su elocuencia es pobre y los acentos de su voz, en palabras del poeta Georges Pioch, nos recuerdan que Jaurès ya no existe. La principal fuerza de Renaudel es su talento como estratega parlamentario y su habilidad en los pasillos. Sin una gran perspicacia, pero no sin éxito, Renaudel jugó con las pasiones humanas y supo oponer intereses que, como todo el mundo sabe, no siempre son de primer orden. La llamada “política de pasillos” permitió a Renaudel desplegar toda su fuerza en este campo, y estos métodos, dentro del partido, le confirieron el primer lugar.

Renaudel explicó a los longuetistas que sólo se podrían restablecer los vínculos con la socialdemocracia si ésta rompía con su gobierno y si su oposición tomaba la iniciativa. Los longuetistas respondieron a Renaudel que la oposición alemana consideraba a los adversarios de este último como sus homólogos y que hablar de restablecer los vínculos internacionales significaba esto: o bien se hacía a nivel de las esferas oficiales de los partidos que seguían la política del gobierno, o bien a nivel de las dos oposiciones; cualquier intento de combinaciones, en las que se encontraran Renaudel, por un lado, y Haase o Liebknecht, por otro, era irremediabilmente inútil de antemano.

Los longuetistas cuentan con un tercio de los diputados socialistas; a su izquierda, se sientan tres parlamentarios: Brizon, Raffin-Dugens y Alexandre Blanc, que participó en la Segunda Conferencia [Socialista Internacional] de Zimmerwald (Kienthal). La conversación de Raffin-Dugens con Poincaré causó una gran sensación en los círculos políticos. Recientemente, el presidente de la república invitó a Raffin a una conversación privada. Nuestro “kienthaliano” aceptó la invitación. La reunión duró una hora y media y fue muy “cortés”, según Raffin. Pero, por lo que se puede juzgar, ambas partes se mantuvieron en sus posiciones.

La influencia de los zimmerwaldianos en las altas esferas del partido es insignificante. Ni siquiera es importante en las secciones vaciadas por la movilización. Es incomparablemente más fuerte en las filas de los sindicalistas, los jóvenes y las mujeres. Pero los zimmerwaldianos sostienen, con razón, que la oposición longuetista sólo apareció bajo la presión de sus despiadadas críticas. Los longuetistas tuvieron que escuchar duras críticas, por un lado, de la “derecha”, donde se les exigía que asumieran todas las consecuencias del principio de “defensa nacional”, y, por otro lado, de la “izquierda”, donde los zimmerwaldianos les reprochaban su internacionalismo platónico. “¿Insisten en que el gobierno debe hacer públicos sus objetivos de guerra?”, dicen los zimmerwaldianos. “Muy bien. Pero el partido socialista es parte del gobierno: por lo tanto, se hace a sí mismo sus propias demandas”. Más adelante: “¿Cómo es que los longuetistas aprueban los créditos militares si ignoran los objetivos de la guerra?” Por ello, los zimmerwaldianos exigieron la retirada de los ministros socialistas y el rechazo de los créditos. Los longuetistas aceptaron la primera exigencia, pero rechazaron la segunda.

En estas condiciones se reúne el congreso nacional (cada tres meses), compuesto por representantes de las organizaciones departamentales (federaciones). Esta fue la ocasión de una encarnizada lucha entre los tres puntos de vista que tenían apoyos: se enfrentaron la mayoría, los Longuetistas y los zimmerwaldianos. Ya en la última sesión, los longuetistas, junto con los zimmerwaldianos, habían reunido un tercio de los mandatos. Demostraron que, si se prescindía de la representación ficticia de los departamentos ocupados por los alemanes (varias decenas de refugiados ostentan los mandatos), habrían alcanzado la mayoría. Como durante los últimos tres meses la oposición se había fortalecido, la prensa burguesa expresó el temor de que la minoría se convirtiera en mayoría. Hervé, el más oficioso de los publicistas, sacó las siguientes conclusiones: retirada de los ministros y crisis de gobierno. Esto no ocurrió. El equilibrio de poder cambió: cierto que la oposición ganó en número, pero la mayoría siguió siendo la mayoría.

Las discusiones se volvieron apasionadas e incluso tumultuosas. Tres ministros socialistas estuvieron presentes en los debates. El serio periódico *Le Temps* informa de que un joven socialista abordó a Guesde a la entrada de la sala de sesiones para regalarle una publicación zimmerwaldiana. “¿Qué es esto?”, preguntó el ministro sin miramientos. “Una publicación de socialistas que son sus oponentes, ministro”. – “No tengo ninguno”, respondió Guesde. “Algunos compañeros creen que me equivoco, yo creo que son ellos los que están en un error...”

Guesde no intervino ni una sola vez. Por otra parte, otro ministro socialista, el autor del libro *Haz un rey, si no, haz la paz*, Marcel Sembat, atacó enérgicamente a la oposición y, en particular, a Kienthal, al que calificó de “peor que Zimmerwald”. Cada frase del elocuente ministro de obras públicas fue interrumpida. “Si se quiere tomar en serio al partido, nosotros mismos debemos tomarnos en serio y cumplir con las obligaciones de nuestros congresos.” – “En particular”, gritó Raffin-Dugens desde su asiento, “¡los ministros deben cumplir con la obligación de la unidad de voto!”

Para entender el significado de esta exclamación, hay que recordar que los ministros socialistas, a pesar de lo aprobado por los congresos, votaron a veces como diputados en contra de su grupo, anteponiendo la solidaridad ministerial a la disciplina del partido. Sembat destacó la organización y la actividad de la minoría. Allí donde el socialista belga De Brouckère, antiguo propietario del periódico bruselense *Le Peuple*, viajaba y hacía una activa propaganda chovinista, se encontraba con opositores armados con su discurso del día anterior.

Uno de los líderes de la oposición longuetista, Pressemane, señaló que los argumentos no eran nuevos y que todo el asunto se reducía a una comparación de fuerzas. Otro miembro de la oposición, con uniforme de suboficial, Paul Faure (no confundir con el príncipe de los poetas, Paul Fort, con quien no tiene nada en común), señaló que la oposición hacía una gran concesión a la mayoría al proponer la convocatoria de una Conferencia de Partidos Socialistas Aliados que decidiera la convocatoria del Buró Internacional. Esta concesión, que pretendía ganarse a la mayoría vacilante de la oposición, era demasiado vaga. Los partidos “aliados”: serbios, italianos, rusos, ingleses, ya habían hecho saber su desacuerdo con una conferencia unilateral de los partidos “aliados”. Por otra parte, la mayoría francesa, de la mano de elementos belgas, como Vanderdelde y De Bouckère, no estaba nada dispuesta a someter la cuestión al juicio de los zimmerwaldianos.

Tanto la mayoría como la minoría incluyeron en su resolución el deseo de una conferencia de los partidos aliados; pero los partidarios de Renaudel redujeron la conferencia a la elaboración de un programa de paz a largo plazo y a una conferencia económica de los países de la Entente. Ambos proyectos de resolución incluían, aunque de forma diferente, el reconocimiento de la necesidad de que el gobierno francés publicara (siguiendo el ejemplo de Asquith) sus objetivos de guerra. Así, la diferencia fundamental

entre las dos resoluciones era únicamente el reconocimiento en principio de la inadmisibilidad (para Renaudel) y, por otro lado, de la necesidad (para Longuet-Mistral-Pressemane) de restablecer las relaciones internacionales. La moción de Renaudel obtuvo 1.824 mandatos, la de los opositores, 1.075, es decir, más de un tercio. Tras la votación, la oposición se negó a continuar los debates y se marchó al canto de La Internacional.

Hay que decir que, en general, las sesiones del comité nacional fueron ricas en incidentes dramáticos, porque a veces estallaron las pasiones. El nombre de Alexandre Varenne sigue ligado a varios incidentes. Es un diputado muy conocido, situado en la extrema derecha de la mayoría oficial. Fue censor al principio de la guerra y más tarde se convirtió en uno de los tres principales redactores de *L'Événement*, que apareció durante la guerra. Todos los círculos políticos y literarios de París saben que este periódico sólo vive de los fondos de la firma inglesa "Maxim", cuyos objetivos hablan por sí mismos. Por ello, los directores del periódico, incluido el adjunto Varenne, son apodados "les hommes de chez Maxim" [los hombres de Maxim] (en respuesta a "la Dame de chez Maxim"). Este sobrenombre, aparecido en la prensa, levantó una tormenta en la sala de conferencias del comité nacional...

De manera particularmente feroz, la minoría denunció la actitud del aparato del partido (*l'Humanité* y sus propagandistas) que sólo sirve a los intereses de la mayoría y permanece sorda a toda reivindicación de la otra corriente. Pero, a pesar de todas las amenazas, la oposición no obtuvo ninguna concesión. La cuestión se aplazó hasta la sesión de Navidad...

Todos los artículos de la prensa burguesa reconocen esta reunión como un factor político de extraordinaria importancia. *Le Temps*, *Le Figaro* e incluso *Action Française* felicitan a la mayoría por haber resistido a la oposición en esta cuestión capital: el restablecimiento de las relaciones internacionales. Al mismo tiempo, estos periódicos lamentan, con mayor o menor energía, las pocas concesiones hechas al "espíritu de Kienthal". Pero lo más interesante es lo que estas gacetas escriben sobre la oposición. Como siempre, el artículo más vivo y significativo es el del director de *Le Figaro*, Capus, muy próximo al presidente de la república a Briand. "La oposición no es una formación casual... representa más de un tercio del partido, no hace concesiones y seguirá hasta el final de las hostilidades forjando sus planes más peligrosos. Compromete al partido socialista, porque éste le permite actuar a la sombra de su bandera." Capus cita el discurso de Sembat sobre la necesidad de resistencia en la oposición, y continúa así: "Sembat sabe mejor que nosotros que sus esfuerzos no detendrán los movimientos de Kienthal y Zimmerwald; está colocado, como los demás socialpatriotas, ante el dilema: o dos partidos socialistas, uno nacional, el otro contaminado por elementos alemanes, o la conservación de la unidad del partido, pero, entonces, renuncia al poder."

Puede decirse que Capus formula en parte, y en parte anticipa, la respuesta de todo el bloque gubernamental a la creciente oposición en el partido socialista: la escisión o la salida del gobierno.

Cada vez se oye más a menudo decir en las filas de la minoría que "la escisión moral" es un hecho consumado.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano



germinal_1917@yahoo.es